

cerla otro sillón de distinta forma, el rincón del sofá, una silla de rejilla, un taburetito para los piés, un cojín para la espalda.

—No os incomodéis... Mil gracias... Pero si estoy perfectamente.

Y no atreviéndose á mirar el suyo, echaba un ojo al reloj de sobremesa, un Apolo de bronce dorado, de cuya clásica desnudez ni se habían enterado siquiera las Cardeñosas, en cuarenta años que llevaba el dios de estarse sobre la consola del salón en postura académica, con la lira muy empuñada. El reloj... por supuesto, se había parado desde el primer día, como todos los de su especie. Asís quería disimular, pero se le abría la boca y se le llenaban de lágrimas los ojos; abanicábase estrépitosamente, contestando por máquina á las interrogaciones de las tías acerca de la salud de su niña y los proyectos de veraneo, inminentes ya. Las horas corrían, sin embargo, derramando en el espíritu de Asís el opio del fastidio... Cada rodar de coches por la retirada calle en que habitaban las Cardeñosas, le producía una sacudida eléctrica. Al fin hubo uno que paró delante de la casa misma... ¡Bendito sea Dios! Por encanto recobró la dama su alegría y su amabilidad de costumbre, y cuando la criada vino á decir:— “Está el coche de la señora Marquesa,,” —tuvo el heroísmo de responder con indiferencia fingida:

—Gracias, que se aguarde.

A los dos minutos, alegando que había madrugado un poco, arrimaba las mejillas al páli-

do pergamino de la de sus tías, daba un glacial beso al aire y bajaba la escalera repitiendo:

—Si..., cualquier día de estos... ¡Qué! Si he pasado un rato buenísimo... ¿Mañana sin falta... eh? las papeletas de los Asilos. Mil cosas al Padre Urdax.

Al tirar de la campanilla en su casa, tuvo una corazonada rarísima. Las hay, las hay, y el que lo niegue es un miope del corazón, que rehusa á los demás la acuidad del sentido porque á él le falta. Asís, mientras sonaba el campanillazo, sintió un hormigueo y un temblor en el pulso, como si semejante tirón fuese algún acto muy importante y decisivo en su existencia. Y no experimentó ninguna sorpresa, aunque sí una violenta emoción que por poco la hace caerse redonda al suelo, cuando en vez de la Diabla ó del criado vió que le abría la puerta aquel pillo, aquel grandiosísimo truhán.

## XI

**L**o bueno fué que la dama, lejos de mostrar extrañeza, saludó á Pacheco como si el encontrarle allí á tales horas le pareciese la cosa más natural del mundo, y, recíprocamente, Pacheco empleó también con ella todas las fórmulas de cortesía acostumbradas cuando un caballero se dirige á una señora de cumplido, respe-

table, ya que no por sus años, por su carácter y condición. Se hizo atrás para dejarla pasar, y al seguirla al saloncito de confianza, donde ardía sobre la mesa de tijera la gran lámpara con pantalla rosa velada de encaje, se quedó próximo á la puerta y en pié, como el que espera una orden de despedida.

—Siéntese V., Pacheco...—tartamudeó la señora, bastante aturrullada aún.

El gaditano no se sentó, pero adelantó despacio, como receloso; parecía, por su continente, algún hombre poco avezado á sociedad: pero este aspecto, que Asís atribuyó á hipocresía refinada, contrastaba de un modo encantador con la soltura de su cuerpo y modales, la elegancia no estudiada de su vestir, la finura de su chaleco blanquísimo, su tipo de persona principal. Viéndole tan contrito, Asís se rehizo y cobró animos. —“Gran ocasión de leerle la cartilla al señorito éste: ¿conque muy manso y fingiéndose arrepentido, eh? Ahora lo verás...” —Porque la dama, en su inexperiencia, se había figurado que su compañero de romería iba á entrar hecho un sargento, y á las primeras de cambio la iba á soltar un abrazo furibundo ó cualquier gansada semejante... Pero ya que gracias á Dios se manifestaba tan comedido, bien podía la señora acusarle las cuarenta. Y Asís abrió la boca y exclamó:

—Conque V. aquí... Yo quisiera... yo...

El gaditano se acercó todavía más, hasta ponerse al lado de la dama, que seguía en pié junto á la mesa. La miró fijamente y luego pro-

nunció como el que dice la cosa más patética del mundo:

—A mi va V. á regañarme too lo que guste... A los criados, ni chispa... La culpa es mía toa. Un cuarto de hora de conversación con la chica me ha costao el entrar. Hasta requiebros la he soltao. Y na, ni por esas. Al fin la dije... que vamos, que ya sabía V. que yo vendría y que para recibirme á mí se quería V. negar á los demás. Riñame V., que lo merezco too.

Estas enormidades las murmuró con tono quejumbroso y lánguido, con los ojos mortecinos y un aire de melancolía que daba compasión. Asís, así al pronto se quedó de una pieza, después se la deshizo el nudo de la garganta y las palabras le salieron á borbotones. Ea..., ahí va... Ahora sí que me desato...

—Sí señor, que merece V.... Pues hombre... me pone V. en berlina con mis criados... ¡Por eso se escondieron cuando yo entraba... y le dejan á V. que abra la puerta! ¡Gandules de profesión! A la Angelita yo le diré cuántas son cinco... Y lo que es á Perfecto... Alguno podrá ser que no duerma en casa esta noche... Los enemigos domésticos... Aguarde V., aguarde V.... Estas jugadas no me las hacen ellos á mí... ¡Habrase visto! ¡Para esto los trata uno del modo que los trata! ¡Para que le vendan á las primeras de cambio!

Comprendía la misma señora que se ponía algo ordinaria chillando y manoteando así, y lo peor de todo, que era predicar en desierto, pues ni siquiera podían oírla desde la cocina;

además, Pacheco, en vez de asustarse con tan caliente reprimenda, pareció que recobraba los espíritus, se llegó más, y bajando la cabeza, acarició las sienes de la enojada. Esta se echó atrás, no tan pronto que ya no la sujetase blandamente por la cintura un brazo del gaditano y que éste no balbuciese á su oído:

—¿A qué te enfadas con los criados, chiquilla? ¿No te he dicho que no tienen culpa? Mira, esa chica que te sirve, vale un Perú. Te quiere bien. La daba dinero y no lo admitió ni hecha peazos. Dijo que con tal que tú no la riñeses... Ahora si gritas se armará un escándalo... Pero me iré cuando tú lo mandes. Que sí me iré, nena...

Al anunciar que se iba, se sentó en el sofá-diván, obligando á la señora á sentarse también. Esta notaba una turbación que ya no se parecía á la pseudo-cólera de antes, y por lo bajo, murmuraba:

—Pues váyase V... Hágame el favor de irse. Por Dios...

—¿Ni un minuto hay para mí? Estoy enfermo... ¡Si vieses! En toda la noche no he dormido, no he pegado los ojos.

Asís iba á preguntar: "¿por qué?", pero calló, pareciéndole inconveniente y necia la pregunta.

—Necesitaba saber de ti... Si estabas ya buena, si habías descansado... Si me querías mal, ó si me mirabas con alguna indulgencia. ¿Dura el mal humor? ¿Y esa cabecita? ¿A ver?

Se la recostó sobre el hombro, sujetándola

con la palma de la mano derecha. Asís, esforzándose en romper el lazo, notaba disminuidas sus fuerzas por dos sentimientos: el primero, que viendo tan sumiso y moderado al gran pillo, le habían entrado unas miajas de lástima; el segundo..., el sentimiento eterno, la maldita curiosidad, la que perdió en el Paraíso á la primera mujer, la que pierde á todas, y tal vez no sólo á ellas sino al género humano... ¿A ver? ¿Cómo sería? ¿Qué diría Pacheco ahora?

Pacheco, en un rato, no dijo nada; ni chistó. Su palma fina, sus dedos enjutos y nerviosos oprimían suavemente la cabeza y sienes de Asís, lo mismo que si á ésta le durase aún el mareo de la vispera y necesitase la medicina de tan sencillo halago. En la sala parecía que la varita de algún mágico invisible derramaba silencio apacible y amoroso, y la luz de la lámpara, al través de su celosía de encaje, alumbraba con poética suavidad el recinto. La sala estaba amueblada con esas pretensiones artísticas que hoy ostenta todo bicho viviente, sepa ó no sepa lo que es arte, y con ese aspecto de prendería, que resulta de aglomerar el mayor número posible de cosas inconexas. Sitiales, butacas bajas y coquetonas, mesillas forradas de felpa imitando un corazón ó una hoja de trébol, columnas que sostienen quinqués, divancitos cambiados donde la gente puede gozar del placer de darse la espalda y coger un torticolis, alguna drácena en jardineras de zinc, un perro de porcelana haciendo centinela junto á la chimenea, y dos hermosos vargüeños patrimonia-

les restaurados y dorados de nuevo... Todo revuelto, colocado de la manera que más dificultase el paso á la gente, haciendo un archipiélagos donde no se podía navegar sin práctico. ¿Y las paredes? Si el suelo estaba intransitable, en las paredes no quedaba sitio libre para un clavo, pues el buen marqués de Andrade, incapaz de distinguir un Ticiano de un Ribera, la había dado algún tiempo de protector de jóvenes artistas, llenando la casa de acuarelas con chulas, matones del Renacimiento ó damas de Luis XV; de *manchas*, apuntes y bocetos hechos á punta de cuchillo, ó á yema de dedo, tan *libres* y tan *francos*, que ni el mismo demonio adivinaría lo que representaban; de tablitas lamidas y microscópicas, encerradas en marcos cinco veces mayores; de fotografías con retumbantes dedicatorias, migajas de arte, en suma, que al menos cubren la vulgaridad del empapelado y distraen gratamente la vista. Y en hora semejante, en medio de la amable paz que flotaba en la atmósfera, y con la luz discreta transparentada por el encaje, los cachivaches se armonizaban, se fundían en una dulce intimidad, en una complicidad silenciosa; la misma horrible carátula japonesa colgada encima de un vargueño y de uno de cuyos ojos se descolgaba una procesión de monitos de felpa, tenía gesto menos infernal; el pañolón de Manila que cubría el piano abría alegremente todas sus flores; las begonias, próximas á la entreabierta ventana, se estremecían como si las acariciase el vientecillo nocturno... Sólo el *bull-dog* de porcelana, sen-

tado como una esfinge, miraba con alarmante persistencia al grupo del sofá, ostentando una actitud digna y enérgica, como si fuese celoso guardián puesto allí por el espíritu del respetable Marqués difunto... Casi parecía natural que abriese las fauces, soltase un ladrido de alarma, y se abalanzase dispuesto á morder...

Pacheco decía bajito, con el ceceo mimoso y triste de su pronunciación:

—¿Te sospechabas tú lo de ayer, chiquilla? ¿A que sí? Mira, no me digas no, que las mujeres estáis siempre de vuelta en esas cosas... ¡A ver si se calla V. y no me replica! Tú veías muy bien, picarona, que yo estaba muerto, lo que se dise muerto... Sólo que creíste poder dejarme en blanco... Pero sospechar... ¡Quí! ¡Si lo calaste desde el mismo momento que tiré el puro en los jardines! ¿Y tú te gosabas en verme á mí sufrir, no es eso? ¡Somos más malos! Toma en castigo... ¡Y qué bonita estabas, gitana salá! ¿Te ha dicho á ti algún hombre bonita? ¿No? ¡Pues ahora te lo digo yo, vamos! y valgo más que toos... Oye, en el coche te hubiese yo requebrado seis dosenas de veses..., te hubiese llamao mona, serrana, matadora de hombres... Sólo que no me atrevía, ¿sabes tú? Que si me atrevo, te suelto toas las flores de la primavera en un ramiyetico.

Aquí Asís, sin saber por qué, recobró el uso de la palabra, y fué para gritar:

—Sí..., como á la chica del merendero..., y á mi criada..., y á todas cuantas se ofrece... Lo que es por palabrería no queda.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
1926 MONTERREY, MEXICO

La interrumpió un enérgico tapabocas.

—No compares, chiquiya, no compares... Tonterías que se disen por pasá el rato, pa que se encandilen las mujeres... Contigo... ¡Virgen Santa! tengo yo una ilusionasa..., ¡una ilusión de volverme loco! Has de saber que yo mismo estoy pasmao de lo que me sucede. Nunca me quedé triste después de una cosa así sino contigo. Hasta me falta resolución pa hablarte. Estoy así... medio orgulloso y medio pesaroso. Más quisiera que nos hubiésemos vuelto ayer antes de almorsá. ¿No lo crees? ¿Ah, no lo crees? Por estas...

El meridional puso los dedos en cruz y los besó con ademán popular. Asís se echó á reir mal de su grado. Ya no había posibilidad de enfadarse; la risa desarma al más furioso. Y ahora, ¿qué hacer? pensaba la dama, llamando en su auxilio toda su presencia de ánimo, toda su habilidad femenil. Nada, muy sencillo... No negarle la cita que pedía para el día siguiente por la tarde, porque si se le negaba, era capaz de hacer cualquier desatino. No, no..., contemporar..., otorgar la cita, y á la hora señalada... ¡busca! estar en cualquier sitio menos donde Pacheco esperase... Y ahora, procurar *por bien* que se largase cuanto más pronto... ¡Que diría el servicio! ¡En esa cocina estaría la Diabla haciendo unos calendarios!

## XII

**D**OLOROSO es tener que reconocer y consignar ciertas cosas; sin embargo, la sinceridad obliga á no eliminarlas de la narración. Queda, eso sí, el recurso de presentarlas en forma indirecta, procurando con maña que no lastimen tanto como si apareciesen de frente, insolentonas y descaradas, metiéndose por los ojos. Así la implícita desaprobación del novelista se disfraza de habilidad.

Tocante á la cita que la marquesa viuda de Andrade pensaba conceder en falso, con resolución firmísima de hacer la del humo, la novela puede guardar un discreto mutismo; y no faltará á su elevada misión, con tal que refiera lo que ocurría á la puerta de la dama: indicación sobria y á la vez sumamente expresiva.

La berlina de la señora, enganchada desde las cinco, esperaba allí. El cochero, inmóvil, bien afianzado en su cuña, había permanecido algún tiempo en la actitud reglamentaria, enarbolada la fusta, recogidas las riendas, ladeado graciosamente el sombrero y muy juntas las punteras de las botas; pero transcurrido un cuarto de hora, el recalmón de la tardecita y el aburrimento de la espera le derramaron en los párpados grato beleño y fué dejando caer la cabeza sobre el pecho, aflojando las manos, exhalando una especie de silbido y á veces un ron-

quido súbito, que le asustaba á él mismo, des-  
pertándole... También el caballo, durante los  
primeros momentos de quietud, se mantuvo en-  
gallado, airoso, dispuesto á beberse la distan-  
cia; pero al convencerse de que teníamos plan-  
tón, desplomó el cuerpo sobre las patas, sacu-  
dió el freno regándolo con espuma, entornó los  
ojos y se dispuso á la siesta. Hasta la misma  
berlina pareció afianzarse en las ruedas con  
ánimo de descansar.

Y fué poniéndose el sol, subiendo de piso en  
piso á despedirse de los cristales, refugiándose  
en la copa de las acacias de Recoletos cuando  
ya las envolvía la azul y vaporosa bruma del  
anochecer; y el calor disminuyó un tantico, y  
el farolero corrió encendiendo hilos de luz á lo  
largo de las calles... Berlina, caballo y cochero  
dormían, resignados con su suerte, sin que se  
les ocurriese que para semejante viaje no se  
necesitaban alforjas y que mejor se encontra-  
rían la una metida en su funda, el otro despa-  
chando su ración de pienso, el último en su ta-  
berna favorita ó viendo la novillada de aquella  
tarde...

Cerca de las siete serían cuando salió de la  
casa un hombre. Era apuesto y andaba aprisa,  
recatándose de la portera. Atravesó la calle y  
en la acera de enfrente se detuvo, mirando ha-  
cia las ventanas del cuarto de Asís. Ni rastro  
de persona asomada en ellas. El hombre siguió  
su camino hacia Recoletos

## XIII

SOLÍA el comandante Pardo ir alguna que otra  
noche á casa de su paisana y amiga la mar-  
quesa de Andrade. Charlaban de mil cosas,  
disputando, acalorándose, y en suma, pasando  
la velada solos, contentos y entretenidos. De  
galanteo propiamente dicho, ni sombra, aun  
cuando la gente murmuraba (de la tertulia de la  
Sahagún saldría el chisme) que Don Gabriel  
hacía tiro al decente caudal y á la agradable  
persona de Asís; si bien otros opinaban, con  
trazas y tono de mejor informados, que ni á  
Pardo le importaba el dinero, por ser desin-  
teresadísimo, ni las mujeres, por hallarse mal  
curada todavía la herida de un gran desengaño  
amoroso que en Galicia sufriera: una historia  
romántica y algo obscura con una sobrina, que  
por huir de él se había metido monja en un con-  
vento de Santiago.

Ello es que Pardo resolvió consagrar á la  
dama la noche del día en que la berlina echó  
la siesta famosa. Serían las nueve cuando llamó  
á la puerta. Generalmente los criados le hacían  
entrar con un apresuramiento que delataba el  
gusto de la señora en recibir semejantes visitas.  
Pero aquella noche, así Perfecto (el mozo de  
comedor á quien Asís llamaba *Imperfecto* por  
sus *gedeonadas*) como la Diabla, se miraron y